

NATURALEZA

Euskal-Herria, con sus bellos y cambiantes paisajes, qué alegrías depara al caminante solitario que huyendo del asfalto semanal encuentra en ellos la paz.

Mas no está solo quien camina, bien por los cantiles costeros o las suaves arenas de sus playas. La misma presencia acompaña a quien busca la serenidad de las altas cumbres, la penumbra del bosque o la luminosidad de las verdes lomas.

Es tímido su acompañante, pero alegre:

y sobre todo es bello. ¿Por sus colores?, ¿por sus formas?, ¿por su voz? Por todo ello, y además es libre. ¿Puede alguien imaginar mayor belleza?

Entre las rocas costeras, en los rompientes, alegrando el aire con sus gritos, evolucionan las gaviotas jugando con la cresta de las olas. No lejos entre los abetos se oyen las melodías de los jilgueros y tarines o el triste silbido de una gallupa. De pronto silencio, quietud, sólo la brisa se mueve. En lo alto, sobre el caminante, suspen-



Zorzal común.

dido de la misma brisa, un gavilán dibuja su silueta enmarcándola en el azul.

Más al interior, en las umbrías de sus bosques de hayas, robles o castaños, un zorzal alegre con su orgulloso trino a su silenciosa compañera. O pretende ahuyentar al descarado petirrojo que le incordia en las cercanías de su nido. Como fondo, a modo de batería, el picatronics acompaña a la orquesta redoblando sobre un viejo árbol hueco. En su interior algo se mueve molesto. ¿Un buho? ¿Una lechuza? Vuelve

la quietud, no es su momento, la noche será suya.

¡Sigue subiendo, caminante, intenta vencer a la montaña! Descansa en la cornisa. Tampoco allí estás solo. Sobre ti, más alta todavía, flotando en el espacio, el águila te observa, quizá se burla un poco de tu esfuerzo. A ella le ha costado tan poco llegar donde tú no alcanzas.

Cuánta armonía, una ola, la brisa una nube, una piedra, una hoja, y de un ave la compañía.

CANDIDO